



Resignificar el desierto: espacio, subjetividad y memoria en *Geología de un planeta desierto* de Patricio Jara

Marcelo Jesús Salazar Martínez*

*Esta –dijo Dunraven con un vasto ademán
que no rehusaba las nubladas estrellas
y que abarcaba el negro páramo, el mar
y un edificio majestuoso y decrépito
que parecía una caballeriza venida
a menos– es la tierra de mis mayores.*

Jorge Luis Borges

Resumen:

*El presente ensayo propone una reflexión de la novela *Geología de un planeta desierto* del escritor chileno Patricio Jara en el contexto de la llamada literatura de los hijos. A partir de un análisis de las representaciones del desierto, tanto en la tradición chilena como en la novela misma, el ensayo lo propone como un espacio donde se construye la memoria, enmarcado por la subjetividad de la voz narradora. Asimismo, se busca postular que la memoria, como construcción individual, se utiliza para representar transformaciones de carácter económico y social.*

Palabras clave: desierto, memoria, subjetividad, representación, transformación.

*** Estudiante de la Maestría en Literatura Hispanoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.**

El desierto es pues un lugar que ha generado múltiples imágenes, representaciones y símbolos para explicar las experiencias que dan cuenta del devenir de sus habitantes.

En su artículo “El desierto en la literatura chilena. Una mirada ecocrítica”, Mauricio Ostría González señala lo siguiente, en cuanto a la representación simbólica del desierto en la narrativa de Chile: “El desierto ha sido un territorio largamente explotado, no sólo económicamente, sino como recurso literario y artístico, porque se ha estimado propicio para imaginar situaciones límite de carácter dramático” (197). En este sentido, el desierto se entiende como un espacio cuya caracterización, física la mayoría de las veces, atiende a aspectos que trascienden la obra y que hacen referencia al contexto sociocultural que la contiene y produce: “El desierto es, pues, uno de esos signos, imágenes, territorios configuradores de mundos complejos y, por eso mismo, posible de ser entendido, imaginado, padecido o exaltado desde las más diversas perspectivas y encontrados sentidos” (Ostría 198).

En una de las caracterizaciones más comunes del desierto se le ha entendido como lo opuesto a las bondades de las tierras del sur con sus bosques y selvas. Es, en esta visión, el otro negativo que se relaciona con la ausencia de vida. Incluso se le ha visto como un no-desierto, es decir, un territorio bárbaro que debe ser colonizado, civilizado y “llenado”. Sin embargo, el mismo Ostría señala que existe otra imagen de él proveniente de los escritores, en su mayoría poetas nacidos en el norte de Chile, que lo presentan como un lugar que encierra una gran riqueza tanto natural como cultural a pesar de sus condiciones adversas. El desierto es pues un lugar que ha generado múltiples imágenes, representaciones y símbolos para explicar las experiencias que dan cuenta del devenir de sus habitantes.

En relación con lo anterior, el presente artículo propone una reflexión sobre la resignificación del desierto como espacio de la memoria en *Geología de un planeta desierto* del escritor chileno Patricio Jara. Este análisis permitirá apreciar cómo espacio, memoria y subjetividad se fusionan para entablar un diálogo con el pasado que permita, al mismo tiempo, la reconciliación con el presente.

Antofagasta y la tradición literaria del desierto chileno

Geología de un planeta desierto, novela publicada en 2013, narra la vida de Rodrigo, un geólogo que trabaja en la industria minera. Un sábado por la tarde recibe la visita de su padre, muerto diez años atrás. A partir de este encuentro, Rodrigo comienza a elaborar un discurso sobre su vida dentro y fuera de Antofagasta, su ciudad natal, que atiende, de manera general, a dos aspectos fundamentales: su formación y trabajo como geólogo y la relación que mantuvo con su padre. Por lo tanto, el título de la novela alude a una metáfora sobre la vida de Rodrigo: él es la superficie, el planeta en el que se excava para reconocerse e identificarse con su pasado y encontrar un lugar en su propia historia.

A lo largo de la novela, Rodrigo relata la transformación económica que sufrió Antofagasta, que pasó de ser una ciudad portuaria a una minera. En medio de este cambio se encuentra la figura de su padre, quien, después de ser jubilado de su trabajo como operador de grúas, enfrenta una profunda degradación física y anímica que concluirá con su muerte. En este sentido, algunos de los relatos que Rodrigo ofrece sobre su infancia, época en la que su padre trabajaba en el puerto, reflejan cierta estabilidad en su relación:

Entonces llegaba mi papá y pasaba directo a la ducha, mientras mi mamá le cocinaba un bistec con tomates. Cuando salía, se sentaba a la mesa y nosotros lo acompañábamos, luego bebía una taza de té y se iba a dormir [...] Cada vez que le tocaba el segundo turno, mi papá prefería bañarse en la casa antes que en las duchas del puerto. Llegaba rápido. Por eso nunca le tuve miedo a Barnabás Collins. (41)

Este relato contrasta mucho con lo que vive Rodrigo a medida que va creciendo, cuando su padre ya ha sido jubilado. Esto parece indicar que la transformación económica de Antofagasta es también la narración del cambio de su vida y la de su familia. Para Jara, como escritor nacido en el norte de Chile, esta condición de retratar su ciudad natal corresponde con las ideas de Ostria sobre la inclinación de

los autores de esta región del país por hablar del desierto, pues, a pesar de que Antofagasta es un puerto, Rodrigo narra en repetidas ocasiones los estragos de la arena en las casas de los habitantes de la ciudad: “Así se mueven los vecinos del barrio, lentos, como fantasmas a plena luz del día, caminando allí donde la tierra se ha comido los antejardines y las escaleras de entrada a los edificios” (73). Por supuesto, esta visión del desierto que se come todo es, de acuerdo con Ostria, otra de las visiones tradicionales del desierto en la literatura chilena.

El tema de la vuelta a casa es una referencia constante en los escritores de la llamada “literatura de los hijos”. A esta pertenecen autores como Alejandro Zambra, Andrea Jeftanovic, Alejandra Costmagna, Nona Fernández, Diego Zúñiga, Patricio Jara, entre otros. Para Logie y Willem la generación de la literatura de los hijos incluye “a los hijos simbólicos, o sea, las personas de la segunda generación cuya infancia o adolescencia estuvo marcada de alguna manera por la experiencia dictatorial” (2). Los exponentes de esta corriente se aproximan de manera indirecta, a través de sus padres, a los acontecimientos de la dictadura militar, con el fin de reafirmar su posición crítica sobre los hechos del pasado y así entender su lugar en el presente. A pesar de que la dictadura no es el interés principal en la novela de Jara, hay claras menciones a ella. Además, relatar el reencuentro de Rodrigo con su ciudad natal y con su padre no es otra cosa que reelaborar en el gran tema de su generación. En este sentido, María Franken Osorio (2017) establece que la literatura de los hijos rompe con el orden cronológico de la narración, pues atiende a una suerte de búsqueda entre ruinas donde memoria y ficción ahondan en el pasado para obtener sentido de él. Así, este tipo de obras construyen el estilo indirecto con el que se aproximan a los acontecimientos del pasado:

Para estas novelas, la construcción ficcional de la memoria no se articula como un relato coherente y cronológico, sino que se estetiza justamente como una suerte de ruina, es decir, como una serie de capas de sentido y de significaciones que permiten acceder al pasado, pero siempre de modo incompleto y mediado. (Franken 189)



Es por esto que la estructura de la novela alterna entre capítulos que hablan del trabajo de Rodrigo como geólogo, de su relación con Magaly y de los episodios de su infancia y juventud marcados por la adicción de su padre al alcohol, su deterioro físico y muerte. Estos capítulos, por lo tanto, representan la búsqueda entre ruinas donde el personaje principal busca el sentido de su presente.

En relación con el desierto, lugar donde lleva a cabo su profesión, abundan las referencias que lo caracterizan como un lugar tortuoso donde el calor, la soledad y la nada ejercen una influencia negativa en quien lo habita:

Te lo dicen cada vez que pueden: si en los ratos libres en el desierto no ocupas la cabeza en algo, comienzas a rayarte; comienzas a creer que los cerros tienen caras humanas, rostros de familiares o de exparejas que te miran llenas de rencor. Aquella locura muchas veces te acompaña a la ciudad. (Jara 45)

Resulta muy interesante esta alusión al desierto como un lugar donde uno puede perder la razón debido a las condiciones propias de él. Es ésta, por su puesto, una imagen negativa que va de conformidad con lo que ha observado Ostría: “De especial significación es la inventiva, apoyada en fantasmagorías, alucinaciones, espejismos, relatos de aparecidos o de extraviados” (206). Este espacio, difícil por sus condiciones naturales y por la explotación de sus recursos, representa ese otro negativo, caracterizado por la aridez y las temperaturas extremas. Un lugar así no podría menos que ser llamado por Ostría como el dominio de la muerte: “En el desierto uno se acostumbra a convivir con cosas que no tienen explicación: he visto luces cruzar el cielo y otras levantarse desde el horizonte, rectas hacia arriba” (Jara 67). De esta forma, las alusiones al influjo negativo del desierto dialogan con la tradición literaria chilena que ha escrito de él.

Sin embargo, las descripciones en la novela que caracterizan al desierto como un lugar terrible no son ni las más frecuentes ni las más importantes. Para Rodrigo, este es un lugar estático que corresponde con el sentimiento que muestra de no poder avanzar ni trascender las circunstancias que han determinado gran parte de su vida, a pesar de los constantes viajes por América debido a su trabajo:

Para Rodrigo, este es un lugar estático que corresponde con el sentimiento que muestra de no poder avanzar ni trascender las circunstancias que han determinado gran parte de su vida.

Al amanecer o al final del día de pronto se tiene la certeza de que nada se ha movido de su sitio en millones de años [...] Y entre medio de toda esa vastedad, una camioneta con el motor encendido. A veces ha sido la mía. A veces he sido yo a la espera de que algo se mueva allá lejos, en el horizonte. (70)

Este sentimiento de espera, de que el mundo, y por ende su vida, no se mueve, se acentúa cuando él mismo expresa lo que significa permanecer en el desierto: “Si ellos (los piratas) se cargaban de pulseras y aros para atravesar un océano, entonces qué queda para los que cruzamos el desierto. O, más bien, para los que nos quedamos en el desierto” (Jara 27). Asimismo, este tono de quietud no es exclusivo de Rodrigo. Deben recordarse las ocasiones en que habla de su padre, la manera en cómo lo describe mirando fijamente el mar, añorando los días de trabajo en el puerto. Por lo tanto, el desierto, la ciudad anclada en el desierto parece ser una forma de representar esta incapacidad de avanzar.

El desierto como espacio de la memoria

La visita de su padre motiva las constantes alusiones que Rodrigo hace de su pasado. Además, están sumamente vinculadas al espacio del desierto pues, como ya se revisó, este se corresponde con el sentimiento de estancamiento que muestran muchos de los personajes. Francesco Di Bernardo (2021) llama la atención sobre este último punto al señalar que la literatura de los hijos, a la que pertenece Jara, ha superado los traumas de la dictadura a diferencia de la generación de la literatura postdictatorial. Entonces, parece ser que en *Geología de un planeta desierto* Jara entabla un diálogo sumamente significativo entre ambas generaciones al mostrar a los personajes, primero, en una condición en la que no pueden avanzar más allá de las consecuencias del pasado para después mostrarlos, particularmente a Rodrigo, en un proceso de transformación en el que parece moverse de su condición y avanzar a una mucho más plena.

La narración de escenas del pasado, este ejercicio de la memoria motivado por la presencia de su padre, está mediado por el desierto. En su *Poética del espacio* (2013) Gastón Bachelard señala la importancia de ciertos espacios como lugares de intimidad y refugio; estos lugares

son sostenidos por la presencia y acción de las ensoñaciones. En ese sentido, Rodrigo hace uso de una serie de espacios que, desde la intimidad, le permiten ahondar en su pasado para entender su presente. Uno de estos lugares es el desierto: “y años después [...] seguía mirando aquellos cerros como lo que eran: un lugar donde a veces me habría gustado esconderme cuando mi papá llegaba con trago y comenzaban los gritos” (43). Resalta el desierto como ese espacio íntimo al que se refiere Bachelard, donde su imaginación buscaba transformar la realidad a la que se enfrentaría cuando su padre llegara a casa. Existe, entonces, una relación desierto-casa donde cada uno es imaginado y significado a partir del otro. Esto, además, ayudaría a entender las constantes referencias a la necesidad de llenar la cabeza en el desierto para evitar la locura:

Jamás he leído tanto como en el campo, pero cuando regreso a la ciudad es inevitable que se me confundan las historias; hablo de novelas que empiezan cuando terminan y de otras que acaban cuando comienza la siguiente. Pero es un detalle. Lo que importa es llenar la cabeza de algo más que tierra. (Jara 45)

Si el desierto es un lugar para la memoria, entonces no se puede estar en él solo pues esto significaría enfrentar, en la misma condición de soledad, el pasado que se le viene a uno como un alud de recuerdos. Para evitarlo, se necesita llenar la imaginación con historias de libros, es decir, construir un pasado diferente, donde, como lo expresa Franken, la memoria se apoye de la ficción.

Además, esta intimidad señalada por Bachelard cobra mayor sentido cuando se piensa que una de las formas en que los escritores de la literatura de los hijos se aproximan a la memoria es la subjetividad. Logie y Willem, citados por Di Bernardo, señalan lo siguiente al respecto: “(la literatura de los hijos) tiende a reescribir la derrota a partir de una experiencia subjetiva del ámbito doméstico” (33). Este ámbito se aprecia, por ejemplo, en la mención reiterada de la casa de la infancia, tropo común en este tipo de literatura. Asimismo, tanto Antofagasta como el desierto participan de esta intimidad al convertirse en lugares de reconocimiento de uno mismo y de su historia:

En aquella visita a Antofagasta mi mamá también quiso ir a la playa. Aunque era el comienzo de la primavera y aún el sol no calentaba lo suficiente, insistió en pasar una mañana en el balneario municipal. Mis papás se conocieron allí durante el verano de 1970. Ella siempre dice que el sitio no ha cambiado en nada, como si fueran poco las toneladas de roca que sacaron a fines de los 90 para dejar una playa casi ciento por ciento con arena. Pero no hay caso: ella decía en que estaba igual que siempre.¹ (31)

Además de este ejercicio de reconocimiento por medio de la ciudad, destaca nuevamente este sentimiento de inmovilidad, donde los personajes parecen no poder avanzar de un momento específico pues su presente está determinado por aquel pasado.

No obstante, todas estas consideraciones, los momentos en que Rodrigo avanza por la ciudad con su padre hasta el momento de despedirse de él, plantean el mayor ejemplo del desierto como espacio de la memoria, pues, además de que se convierte en un espacio íntimo vinculado con su vida familiar, este acontecimiento le permite la reconciliación con él, a través de la cual, Rodrigo es capaz de avanzar en su vida y superar el trauma de su pasado, lo que, entonces, ligaría esta novela con la poética de la literatura los hijos. Recorrer la ciudad simboliza el tránsito de Rodrigo por su pasado, el recuento de los años de infancia y el diálogo con su memoria que le permitirá encontrarse dentro de ella y reencontrarse con su padre tras años de una relación conflictiva. Cuando se dirigen al desierto, su padre comienza a correr, Rodrigo lo alcanza y ambos caen sobre el pasto:

Allí, sobre una loma de pasto, pude alcanzarlo y lo tomé de los hombros hasta botarlo. Más bien caímos los dos y nos revolcamos un instante como en la lucha libre. Entonces lo abracé con fuerza y le di un beso en la mejilla.

"No llores, niño", me dijo. (Jara 76)

¹ Es oportuno señalar que todo el capítulo ocho, de donde se extrae la cita referida, está lleno de alusiones a la ciudad como un lugar para el reconocimiento de uno mismo.



Después, ya en el desierto, lo ve alejarse hasta perderse en el horizonte, o lo que él cree que es el horizonte:

Pude haber corrido a su lado otra vez hasta taclearlo y, en vez del pasto, revolcarnos ahora en la tierra, entre las piedras, pero él avanzaba y avanzaba como una locomotora y yo no me podía las piernas [...] sentí calambres en los muslos y me quedé ahí, paralizado, mientras él se alejaba hasta transformarse en el chasquido imperceptible de un relámpago amarillo [...]

Aunque al final le dije algo más. Más bien se lo grité:

“No te vayas”. (87)

La fuerte emotividad que resulta de esta escena ayuda a reafirmar la reconciliación no sólo con su padre, sino con lo que representa: la crianza de Rodrigo en Antofagasta y la forma en cómo entendió y se relacionó con todos los cambios que afectaron a la ciudad. Su padre contemplando el puerto no es más que una extensión del sentimiento de nostalgia que lo invade y que no le permitió dialogar de una manera crítica con su pasado. De hecho, cuando la novela narra los acontecimientos después del encuentro con su padre, lo hace con un tono más amable, una suerte de isomorfía que expresa la condición de movimiento con la que Rodrigo ahora puede entender su presente sin negar su pasado. Con esto, Jara se inserta en un grupo de escritores cuyo discurso tiene una mirada crítica sobre los acontecimientos del pasado que vivieron de una manera indirecta.

Esta visión subjetiva del pasado, marcada por el *leitmotiv* del regreso a casa, amplificado al desierto en esta novela, ofrece una mirada distinta donde lo íntimo e individual ayuda a reescribir una historia que se vivió en el exterior y de forma general.

Bibliografía

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica, 2013. Impreso

Una mirada distinta donde lo íntimo e individual ayuda a reescribir una historia que se vivió en el exterior y de forma general.

- Di Bernardo, Francesco. "La casa desimaginada: Extractivismo y los fantasmas del capitalismo global en Geología de un planeta desierto de Patricio Jara". *Acta Literaria*, núm. 62, 2021. pp. 31-46. Web.
- Franken Osorio, María. "Memorias e imaginarios de formación de los hijos en la narrativa chilena reciente". *Revista Chilena de Literatura*, núm. 96, 2017. pp. 187-208. Web.
- Logie Ilse y Willem Bieke. "Narrativas de la postmemoria en Argentina y Chile: la casa revisitada". *Alter/nativas*, núm. 5, 2015. pp. 1-25. Web.
- Jara, Patricio. *Geología de un planeta desierto*. Titivillus, 2013. Web.
- Ostria, Mauricio. "El desierto en la literatura chilena. Una mirada ecocrítica". *Taller de letras*, núm. 67, 2020. pp. 197-215. Web.